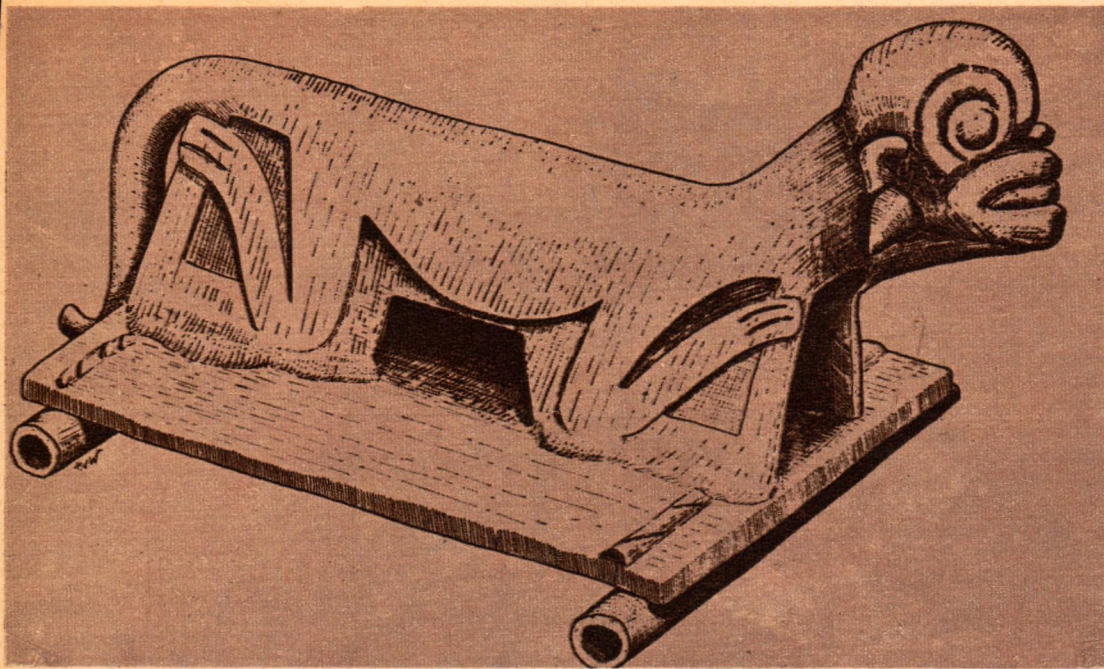




Mono echado sobre un caballete que, a su vez, está atado a una plataforma rodante. Véase la disposición de los tubos por donde pasaban los ejes. Es de Tierra Blanca, Veracruz Central. También pertenece a la colección Stendhal. (Dibujo de von Winning).

Planteamiento de un problema

Las altas culturas de América, no obstante haber alcanzado sorprendentes realizaciones, en su mayor parte trascurridas por sucesivos empréstitos asiáticos a través del Pacífico, estaban en desventaja frente a las del Viejo Mundo. La inexistencia de animales domésticos capaces de transportar al hombre como jinete o de mover vehículos montados sobre ruedas condenó a las civilizaciones indígenas de nuestro continente a una *capitis diminutio* que no pudo ser redimida por las notables abstracciones de las matemáticas mayas o el pensamiento templario del Perú. La civilización es hija de la tecnología y no de las abstracciones. El caballo y el carro han hecho más por el progreso material de la humanidad que la contemplación del cielo. Claro está que las grandes culturas de Occidente, maduras en un fértil terreno tecnológico acrecentado a partir del Neolítico por la inventiva del hombre, han cumplido luego del siglo XV hazañas teóricas que tuvieron intensas repercusiones prácticas. Pero si en vez de descubrir el cero los mayas hubieran utilizado la rueda y contado con el caballo y la vaca —desconocidos en América pre-

lombina— muy otro habría sido el destino cultural y político del Nuevo Mundo.

La rueda, sin embargo, era conocida en Mesoamérica al llegar los españoles. Hacia más de 1000 años que los indígenas fabricaban figurinas rodantes cuando entraron los ejércitos de Cortés en México. Este problema, vinculado al de las figurinas de terracota en general, requiere un cuidadoso planteamiento. Le dedicaremos por lo tanto dos notas, seguros que interesará a los lectores por sus concomitancias y derivaciones. En la primera analizaremos los hechos, pasando revista al repertorio de figurinas rodantes hasta hoy rescatado mediante las excavaciones arqueológicas. En la segunda examinaremos con espíritu crítico las interpretaciones ofrecidas y propondremos algunas pautas etnológicas que permitan enfrentar este apasionante enigma con un razonamiento plausible.

1880: el hallazgo precursor de Charnay

Los descubrimientos revolucionarios no tienen suerte si los prejuicios han forjado un estereotipo por todos aceptado. Cuando Désiré Charnay encontró en un enterratorio indígena de Tenenepango, en las laderas del Popocatepetl, una figurina con ruedas y

LA RUEDA EN AM

LOS DESCUBRIMIEN

la describió como un juguete prehispánico el mundo científico no le prestó mayor atención. El descubrimiento era sensacional, sin duda, pero como iba contra la corriente de las ideas aceptadas debía ser desechado. Charnay publicó en su libro (*Les anciennes villes du Nouveau Monde. Voyages d'exploration au Mexique et dans l'Amérique Centrale. 1857-1882*) el grabado (pág. 143) que reproducimos. Este "carrito" era un perro o coyote de lomo aplanado en forma de mesa, con las patas convertidas en piezas redondeadas con una perforación al centro, por donde pasaban sin duda los ejes de madera. A su lado yacían cuatro ruedas de terracota, perfectamente atribuibles al

ha dejado de ser una empresa romántica para convertirse en una actividad científica. El área mesoamericana ha revelado sus espléndidas civilizaciones prehistóricas y tanto en los EE.UU. como en México existen instituciones y especialistas dedicados a la prolija tarea de hacer luz sobre el pasado de América indígena. Se reúne entonces una mesa redonda para tratar el problema de la rueda en América y la integran personalidades de la talla de Alfonso Caso, Matthew W. Stirling, Samuel K. Lothrop, J. Eric S. Thompson, José García Payón y Gordon F. Ekholm. Sus comunicaciones ofrecen una *mise au jour* de los numerosos hallazgos de figurinas rodantes y los orde-



El perro sonriente de Tres Zapotes, figurina rodante hallada por Stirling en 1940. El animal está ahuecado y sirve también de silbato. En las comisuras de su extraña boca tiene una perforación. La embocadura del silbato se encuentra en la raíz de la cola.

citado perro rodante. A pesar de la ilustración convincente y de haber sido depositado el artefacto en el antiguo Trocadero de París —hoy se ha perdido— los colegas de Charnay se resistieron a admitir tamaña herejía. El dogma de la inexistencia de la rueda en América era inatacable. Y así fue como Eugène Boban (*Documents pour servir à l'histoire de Mexique; Paris, 1891*) se tomó el trabajo de "demostrar" que aquellas rueditas, naturalmente colocadas junto a los orificios y originariamente sostenidas por un eje de madera pulverizados por los siglos, eran malacates de husos indígenas. Hoy se le ha hecho justicia a Charnay. Después del descrédito ha llegado la reivindicación pues su perrito rodante ya no es un lobo solitario, excomulgado por los arqueólogos dogmáticos. Nuevos y sensacionales hallazgos han dado la razón —todo lo tarda y póstuma que se quiera— al otrora censurado explorador francés.

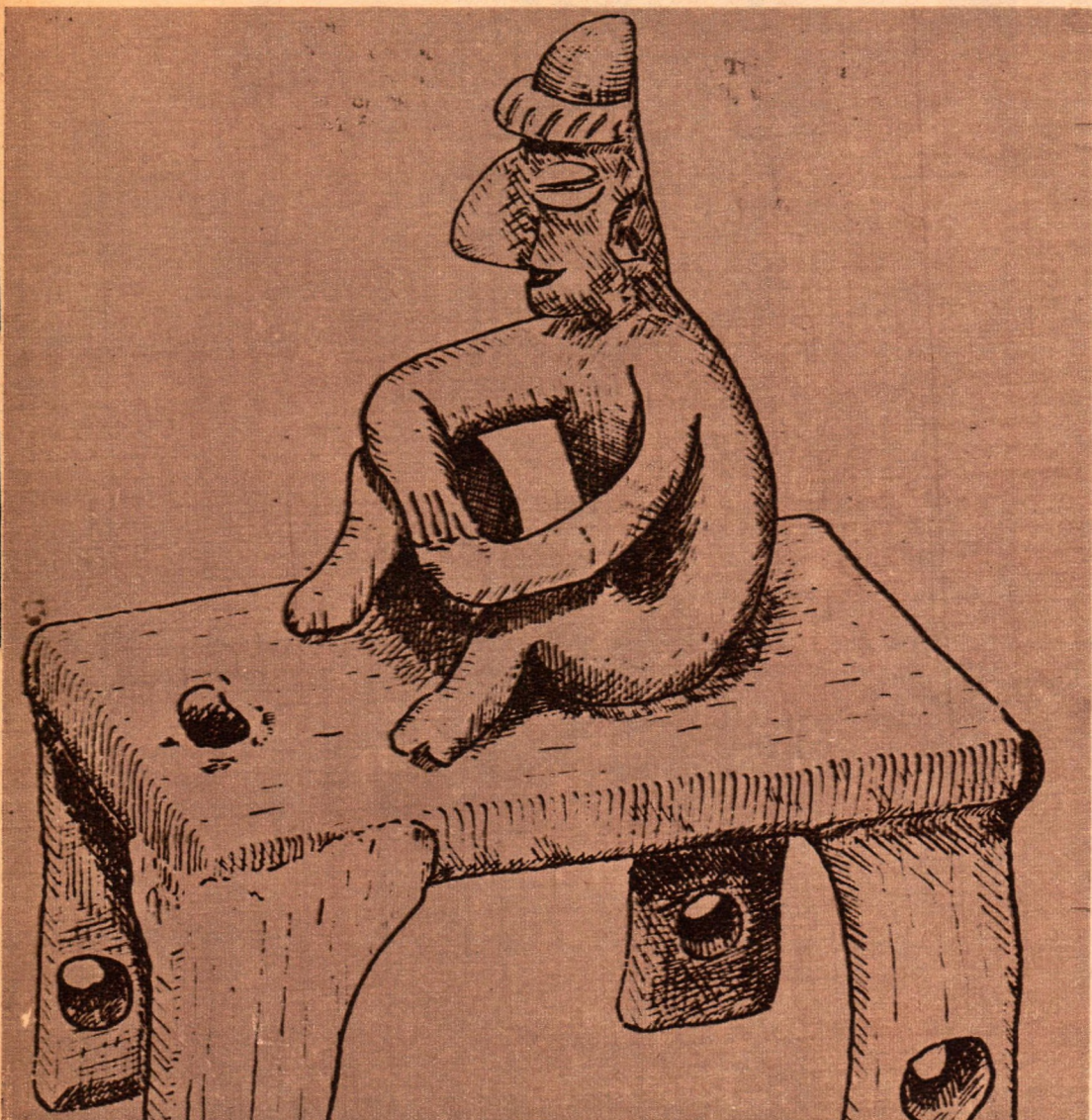
1946: una mesa redonda retrospectiva

Han transcurrido más de sesenta años del descubrimiento de Charnay. La arqueología

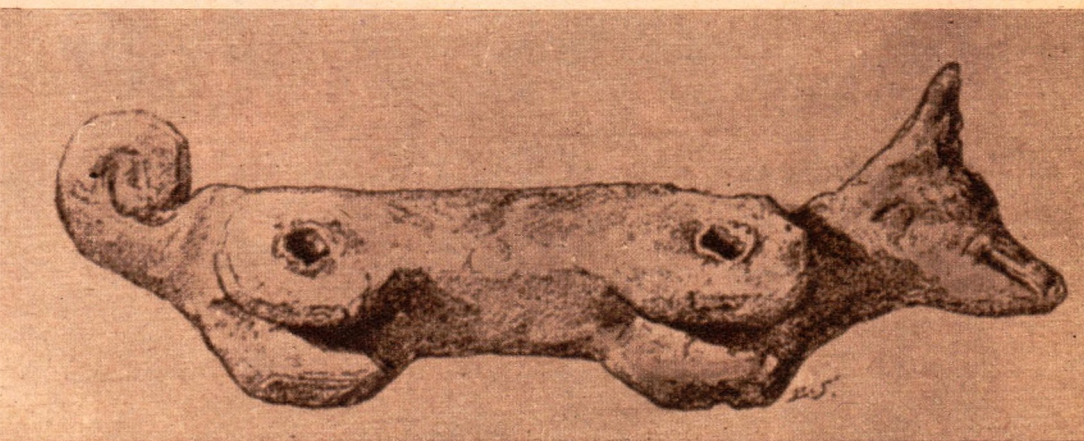
nan e interpretan. Los interesados pueden consultar en CUADERNOS AMERICANOS (Vol. XXV, Nº 1; México, 1946) el desarrollo de este fundamental coloquio. Pero los hechos dignos de señalar pueden ser brevemente resumidos.

En 1946 existían ya bastantes ejemplares en el repertorio de figurinas rodantes. Dejando de lado el turbador descubrimiento de M. H. Saville, quien halló en Oaxaca un caballito de terracota con un jinete, suceso al que nos referiremos ampliamente en el análisis etnológico del problema, los trabajos de Stirling y de Ekholm contribuyeron a despejar las incógnitas formales ya que no las sustanciales.

En 1940 Stirling encontró al excavar uno de los montículos de Tres Zapotes, en Veracruz, México, un depósito de 35 figurinas de terracota, cubierto por 15 vasijas de alfarería colocadas en posición invertida. Entre dichas figurinas había cuatro zoomorfos: tres completas y una rota. Las completas reproducían con fidelidad zoológica los rasgos de un jaguar, un venado y un perro. Las patas se hallaban montadas so-



Hombre desnudo sentado sobre una mesa o carrito. La plataforma tiene una perforación al frente, indicando el lugar del hilo que efectuaría la correspondiente y natural tracción. Fue hallado en el Estado de Nayarit. Colección Stendhal. (Dibujo de von Winning).



Perrito o coyote rodante dibujado por Charnay en su libro, que fue negado como tal por el dogma no quiso recono-

MÉRICA INDÍGENA

ENTOS ARQUEOLÓGICOS

bre tubos horizontales. Las cabezas de los tres animales exhibían extraños rictus bucales, que de pertenecer a hombres hubieran sido indudables sonrisas. Las figurinas estaban pintadas y ahuecadas, ya que a la vez eran silbato. Junto a ellas se amontonaban doce ruedas, con un agujero en el centro y decoradas con una cruz azul. Las ruedas no mostraban desgaste alguno y sin duda no habían sido usadas. Poco tiempo después, excavando con Drucker en el Cerro de las Mesas, Stirling puso al descubierto figurinas semejantes a la de Tres Zapotes.

Un paso más se da en 1942 cuando Eckholm realizaba tareas arqueológicas en

queólogo Sigvald Linné realizó un balance de las figurinas con ruedas descubiertas hasta ese entonces, determinó su área geográfica y fijó el lapso cronológico a lo largo del cual se habría extendido su fabricación.

El ejemplar descabezado que motivaba su comunicación no tenía nada de espectacular, pero en este caso, como en otros muchos, el camino es más importante que la posada. Hasta entonces se habían hallado y descrito 18 figurinas, incluyendo los fragmentos. Únicamente en el caso del raro animalejo descubierto por el ayudante de Eckholm las ruedas estaban colocadas en su sitio, pero desde ese instante todas las



Este es el único ejemplar de figurina rodante hallado in situ con sus ruedas colocadas. Fue encontrado en Pánuco por la misión Eckholm.

Pánuco. Allí por vez primera apareció una figurina zoomorfa montada sobre ruedas revelando un indudable uso. Era su montaje en todo semejante al del perrillo hallado por Charnay y difería, por lo tanto, del sistema de tubos adosados a los ejemplares de Tres Zapotes. Ya no cabían más dudas. Las ruedas se habían utilizado y no eran traviesos malacates abandonados junto a las figurinas por un bromista prehistórico con el fin de despistar a los arqueólogos heterodoxos. En definitiva, América precolombina conocía la rueda y la había empleado en las figurinas de terracota. Más tarde, al avanzar desde Chavín, Perú, la lenta marea de la metalurgia que culminaría en el arte de los auríficos colombianos e ístmicos, las figurillas de cobre de Coclé, Panamá, representan perros con las patas perforadas como los tipos de terracota hallados en el Popocatepetl o Pánuco.

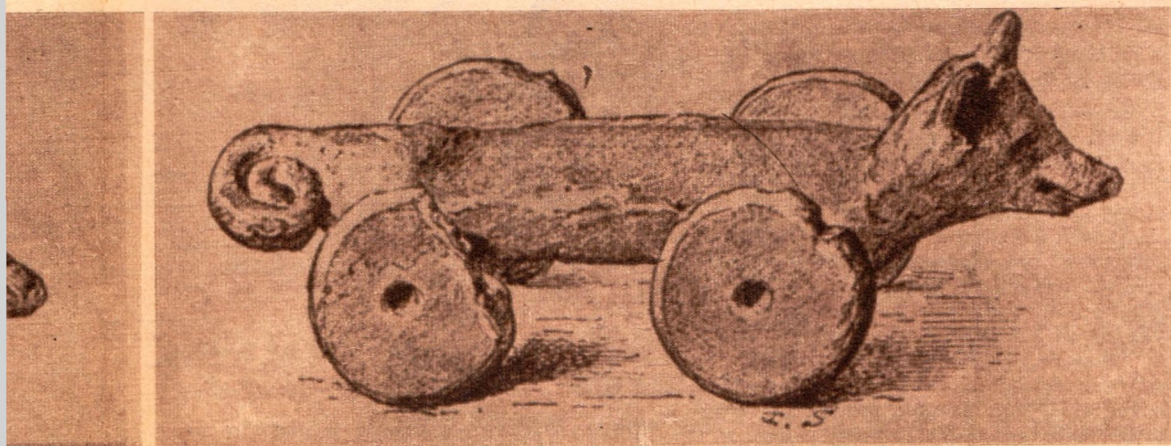
1951: el balance de Linné

Al describir en un interesante artículo aparecido en la revista sueca *Ethnos* un "juguete rodante" de Guerrero, México, el ar-

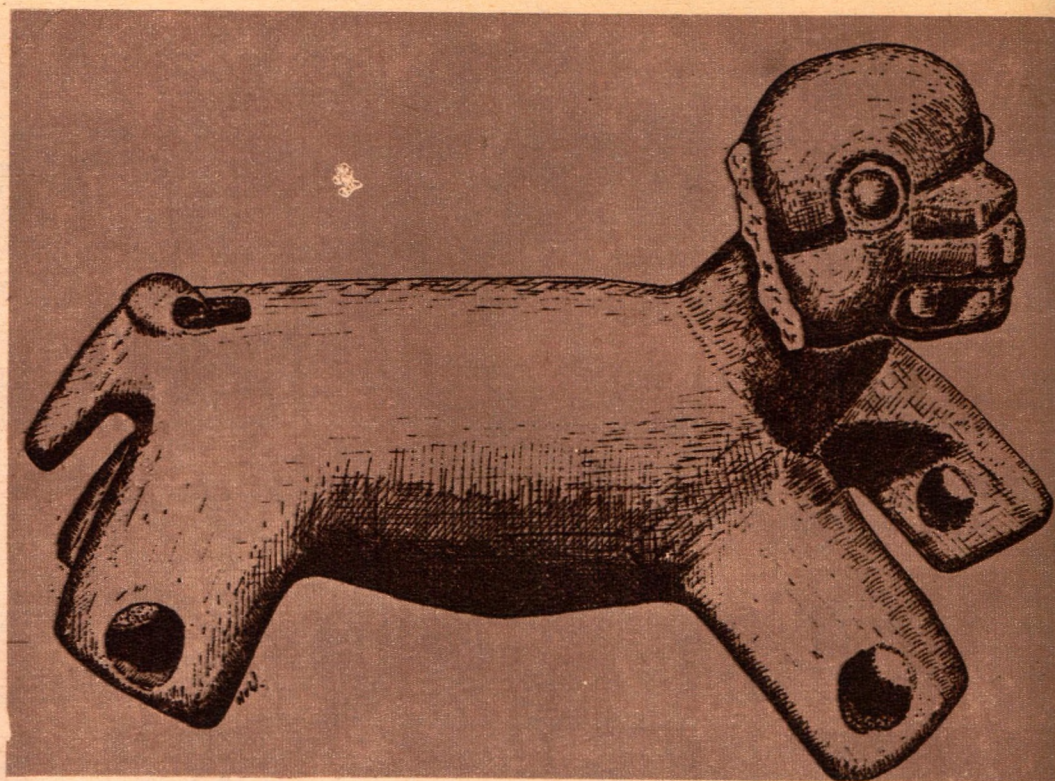
anteriores inferencias se confirmaban positivamente. Las figurinas de pequeño tamaño son macizas; otras, mayores, tienen además la calidad de pitos, cuya embocadura se encuentra en la raíz de la cola. El área por donde se extienden las figurinas rodantes es dilatada; en la costa del Golfo de México van desde Pavón a Tres Zapotes, abarcan los Estados de Michoacán y Guerrero y aparecen en el propio Valle de México. Se les atribuye un milenio de vigencia ininterrumpida, a lo largo del Clásico y el Postclásico temprano. Linné las califica como juguetes. No nos atrevemos a sostener otro tanto, y se verá que tenemos argumentos para ello. Pero no nos adelantemos. Todavía no se ha cerrado el ciclo de las sorpresas y Hasso von Winning acaba de proporcionarnos la última, aunque esperamos que no la definitiva.

1960: de la figurina rodante al carro

Acabamos de leer el Vol. 25 de *Ethnos* (Nos. 1-2) que nos envían con puntual diligencia desde Estocolmo nuestros distinguidos amigos K. G. Lindblom y S. Linné. Eu-



al por los arqueólogos contemporáneos. Hoy se confirma lo que los simples hechos indicaban y reconocer pese a la elocuente evidencia.



Jaguar de la colección Stendhal, Los Angeles, de procedencia mexicana pero de sitio desconocido. También es un pito y tiene la embocadura en la base de la cola. (Dibujo de von Winning).

esta ejemplar publicación del *Statens Etnografiska Museum*, que recomendamos a los amantes de las Ciencias del Hombre como una de las más serias y mejor informadas en la materia, aparece un trabajo de Hasso von Winning (*Further Examples of Figurines on Wheels from Mexico*; págs. 63-72) dando cuenta de algunos hallazgos que deben calificarse como sensacionales.

Las dos primeras figurinas son un jaguar y un perro, ambas huecas para ser también usadas como pitos, y si bien tienen algunos caracteres dignos de señalar, con las noticias que ofrecemos en las ilustraciones respectivas alcanza para ubicarlas en la tipología hasta ahora conocida.

Pero las dos últimas son inusuales ya que señalan la transición del animal rodante al carro. Una de ellas representa un mono echado sobre un armazón hueco que, a su vez, descansa sobre una plataforma con dos ejes tubulares alojados en la base. Los pendientes cónicos que adornan las orejas del mono son los *oyouoli* característicos del dios de la danza. Sobre la plataforma hay aplicaciones de arcilla simulando cuerdas que atan al caballete y al mono sobre él encastrado a la mesa rodante. Y es este nombre de "mesas", precisamente, el otorgado por Alfonso Medellín Zenil a una serie de artefactos con ruedas, cubiertos de monos trepadores y gesticulantes, que acaba de hallar en Veracruz central.

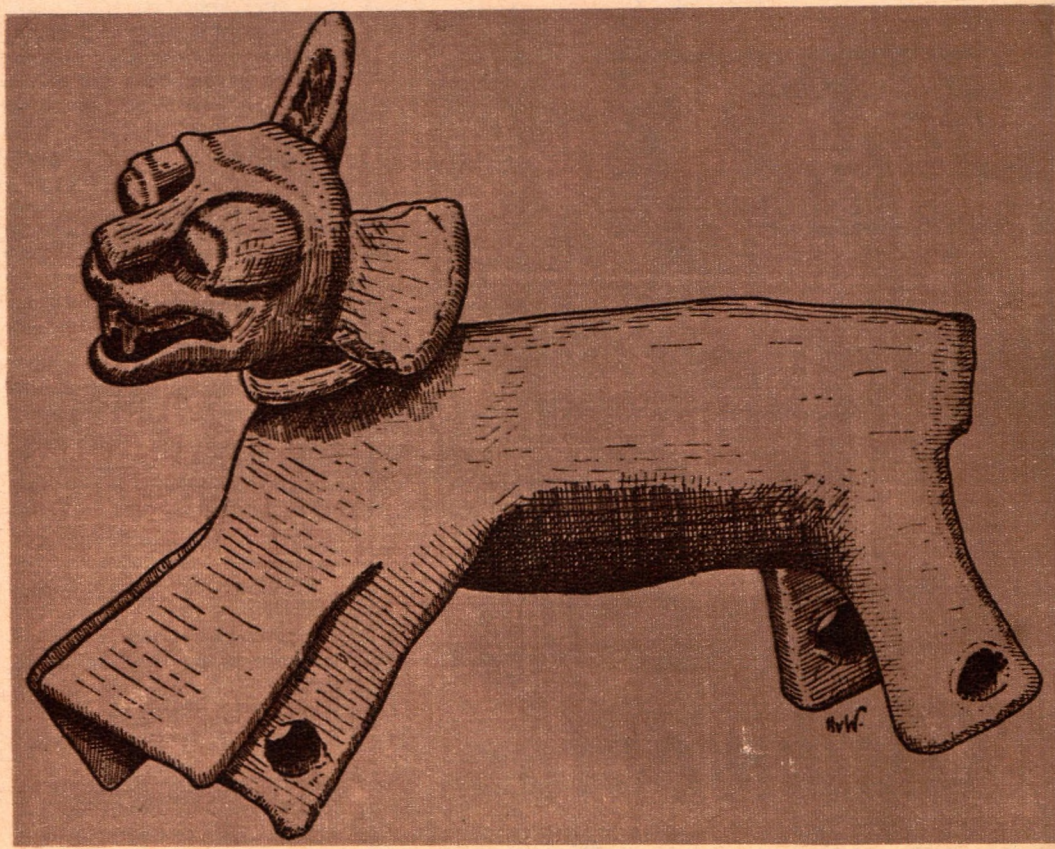
El ejemplar más sorprendente es antropomorfo. Han quedado atrás los animales con patas agujereadas o ejes tubulares; las plataformas con una fauna simiesca trepadora en su escaparate rodante han sido su-

peradas. Estamos en presencia de un verdadero carrito, todo lo elemental que se quiera, pero carrito al fin. Hacía tiempo que hurgábamos en las últimas publicaciones arqueológicas buscando algo por el estilo pues ya habíamos ubicado figurinas rodantes y carros en las culturas del Indus. Los animalitos de terracota son idénticos a los mexicanos. Los carros asiáticos son mucho más complejos, pues están cubiertos, pero lo que nos preocupaba era el principio y no la morfología. Esta novedad confirma nuestras presunciones y nos pone, al fin, en una pista fructuosa. Ya están al descubierto los posibles elementos de una tras-culturación. Falta aún describir el proceso y rastrear las etapas y el mecanismo de aquella. Pero esta doble tarea es aún prematura por falta de datos decisivos.

Figurina desnuda del hombre sentado en los rasgos del estuo Nayarit. Tiene el aspecto arcaizante de las piezas de México occidental, que perdura a través de los períodos Clásico medio y tardío de Teotihuacán y que sólo se bate en retirada cuando le abrasa la llamarada purificadora del Postclásico. Pero lo que en este momento interesa es lo expresado tecnológicamente y no la expresión artística del objeto en sí. En el capítulo de las interpretaciones veremos qué sendas y qué metas etnológicas sugieren estos últimos y reveladores descubrimientos.

Daniel D. VIDART.

(Especial para EL DIA).



Perro sonriente con delantal semejante al de ciertas figurinas humanas provenientes de Teotihuacán. Fue hallado en el Valle de México y pertenece a la colección Stendhal. (Dibujo de von Winning).